

## ÉTICA Y CIENCIAS NATURALES SEGÚN LEIBNIZ

Fundado en algunos textos, pertenecientes a distintos momentos de la trayectoria intelectual de Leibniz, pretendo descubrir sus reflexiones explícitas o implícitas de tipo ético sobre las ciencias naturales. Comienzo mostrando el entronque metafísico de estas reflexiones. Me refiero luego a la valoración que hace de los avances de las ciencias naturales en relación con los dos objetivos que les señala: la gloria de Dios y la felicidad humana. Presento a continuación su manera de entender el control ético de las ciencias naturales. Y como no me interesa sólo una interpretación de Leibniz, sino también la posible trascendencia de su pensamiento para iluminar el planteamiento y la solución de los problemas del presente, concluyo aludiendo brevemente a la actualidad de la posición leibniziana.

### 1. ENTRONQUE METAFÍSICO

El papel fundamentador de la buena ética que Leibniz atribuye a su metafísica <sup>1</sup> se extiende también a su reflexión ética sobre las ciencias naturales. Recordemos la distinción que hace al final de la *Monadología* <sup>2</sup> entre el mundo natural y el mundo moral o entre el reino físico de la naturaleza y el reino moral de la gracia, donde entiende el reino de la gracia como ciudad de Dios, es decir, como «el más perfecto estado posible bajo el más perfecto de los Monarcas», un reino de individuos capaces de conocer el sistema del universo y de entrar

1 Una breve exposición de la fundamentación metafísica de la ética en Leibniz puede hallarse en W. Schneiders, «C. W. Leibniz: Das Reich der Vernunft», en *Grundprobleme der großen Philosophen. Philosophie der Neuzeit I*, Vandenhoeck/Ruprecht, Göttingen, 1979, pp. 161-169. También John Hostler hace una corta presentación del tema en su obra *Leibniz's Moral Philosophy*, Duckworth, Londres, 1975, pp. 9-18.

2 GP VI 621-622.

en relación personal con Dios y con los otros individuos que comparten su misma naturaleza. A los individuos (mónadas) que integran el mundo moral los llama espíritus o personas.

Notamos en esas expresiones alusiones implícitas a la antigua división griega entre «physis» y «ethos» y a la cristiana entre naturaleza y gracia, reinterpretadas y combinadas. Su noción de naturaleza, por tanto, no posee el significado reducido del objeto de las actuales ciencias de la naturaleza. Tampoco la expresión «gracia» se refiere a lo que en la teología cristiana se entiende por mundo sobrenatural, pues, sin acontecimientos extraordinarios, todos los hombres pertenecen, simplemente por ser espíritus, al reino leibniciano de la gracia.

Estas formulaciones no son exclusivas de la *Monadología*. Hallamos afirmaciones con parecido sentido en muchos escritos, sobre todo, posteriores a 1686: *Discurso de metafísica*<sup>3</sup>, *Nuevo sistema*<sup>4</sup>, *Principios de la naturaleza y de la gracia*<sup>5</sup>, *Teodicea*<sup>6</sup>, etc. Su concepción aparece brillantemente propuesta en una de sus primeras cartas a Arnauld<sup>7</sup>: «Esta sociedad o república general de los espíritus bajo este soberano Monarca, que es la parte más noble del universo, está integrada por otros tantos pequeños dioses bajo este gran Dios. Pues se puede decir que los espíritus creados no difieren de Dios más que de más a menos, de lo finito a lo infinito. Y se puede asegurar verdaderamente que todo el universo no ha sido hecho más que para contribuir al adorno y a la felicidad de esta ciudad de Dios.» En parecidos términos se expresa unos años más tarde: «Por mi parte pongo en práctica este gran principio tanto de la metafísica como de la moral: que el mundo está gobernado por la más perfecta inteligencia que sea posible, lo que hace que haya que considerarlo como una monarquía universal cuyo jefe es omnipotente y soberanamente sabio y cuyos ciudadanos son todos los espíritus, es decir, todas las sustancias capaces de inteligencia o de sociedad con Dios, y que todo el resto no es más que el instrumento de la gloria de Dios y de la felicidad de los espíritus y, por consiguiente, todo el universo se hace para los espíritus, de suerte que pueda contribuir lo más posible a toda felicidad»<sup>8</sup>.

Si los hombres son pequeños dioses, entonces pueden intentar conocer el universo, dominarlo y recrearlo, hacer que contribuya lo más perfectamente posible a su felicidad. Las ciencias naturales y las tecnologías no sólo no se opo-

3 & 36; GP IV 461-462.

4 GP IV 479.

5 GP VI 605.

6 GP VI 165.

7 1687; GP II 125.

8 «Memoire pour les personnes éclairées et de bonne intention» (1692), en *Lettres et opuscules inédits de Leibniz*, introducción y edición de A. Foucher de Careil, Paris, 1854, pp. 280-281.

nen en sí mismas a esos objetivos, sino que, rectamente orientadas, ponen el orden natural de los cuerpos al servicio del mundo moral de los espíritus. Sin necesidad de interpretaciones forzadas, podemos caer fácilmente en la cuenta de que esos textos contienen el fundamento metafísico de los principios morales que han de regir la investigación científica y la explotación técnica de la naturaleza. Creo que se ve con suficiente claridad que la conexión íntima entre ética y metafísica repercute en la ética aplicada al campo del saber científico. Por ello no quiero insistir más en este punto.

## 2. VALORACIÓN DE LAS CIENCIAS NATURALES

Antes de considerar las normas morales que han de regir nuestra actividad científica, a partir de su fundamentación metafísica, conviene que reflexionemos sobre el valor o puesto que Leibniz señala a las ciencias naturales dentro de su jerarquía de saberes. Lo que a continuación expongo sobre el valor de las ciencias naturales ha de interpretarse desde la escala de valores que Leibniz propone en su epistemología.

Su valor corresponde al de los problemas que plantean y que resuelven y a sus aplicaciones prácticas. Leibniz, como en el caso de los demás saberes, presta gran atención a su valor teórico y a su valor práctico<sup>9</sup>. Valores con los que tiene bastante que ver el aumento de la gloria de Dios y la promoción temporal de la felicidad humana.

De acuerdo con esos dos criterios, Leibniz somete el conocimiento científico de la naturaleza, recién inaugurado, a una aguda reflexión. Se pregunta por qué no puede negarse desde la ciencia el nivel metafísico de la realidad, por qué se necesita un nivel metafísico más allá del nivel científico y cuál es la peculiaridad del nivel metafísico. Después de comparar ambos conocimientos en la escala de valores teóricos, concede a la ciencia un puesto menos elevado que a la metafísica. Consigue librarse de dos peligros que acechan al hombre dedicado a la investigación científica: de la supervaloración de la ciencia y del agnosticismo meta-científico. Bellamente escribe Unamuno que «la ciencia es un sauce a la orilla de un lago, que ve y agita la sombra superficial en él, pero nunca se ha sumergido en el abismo»<sup>10</sup>. El hombre no está condenado al saber superficial de la ciencia, sino que puede bucear en el abismo. Una carta de Leibniz a Remond, escrita en

<sup>9</sup> Desde sus años jóvenes hasta pocos meses antes de su muerte le interesan ambos aspectos. Cf. *Defensio Trinitatis* (1665); GP IV 112. NE IV 7 (1704); GP V 398. A Zandrini (15 de marzo de 1716); GM IV 250.

<sup>10</sup> *Ensayos*, I, Aguilar, Madrid, 1942, p. 906.

Viena el 10 de enero de 1714, refleja bien esta convicción: «Habiéndome liberado de las escuelas triviales, aterricé sobre los modernos. Y recuerdo que me paseaba solo por un bosque cercano a Leipzig, llamado el Rosendal, a la edad de quince años, deliberando si conservaba las formas sustanciales. Finalmente el mecanicismo prevaleció y me llevó a dedicarme a las matemáticas... Pero cuando investigué las últimas razones del mecanicismo y de las leyes mismas del movimiento, me sorprendí muchísimo al ver que era imposible encontrarlas en las matemáticas y que había que retornar a la metafísica. Es lo que me volvió a llevar a las enteleguías, y de lo material a lo formal, y me hizo al fin comprender, después de muchas correcciones y avances de mis nociones, que las mónadas, o las sustancias simples, son las únicas verdaderas sustancias y que las cosas materiales no son más que fenómenos, pero bien fundados y bien enlazados»<sup>11</sup>.

A pesar de que la verdad no se prueba por su eficacia práctica y de que por sí misma recompensa nuestra búsqueda, convencido de que toda verdad suele ser útil, Leibniz valora también las teorías científicas por sus derivaciones técnicas. Las ciencias puras le interesan especialmente por sus aplicaciones prácticas<sup>12</sup>. Percibe claramente la conexión entre el conocimiento científico y la capacidad de actuar eficazmente sobre la naturaleza. Los hombres producen en la naturaleza transformaciones maravillosas gracias al conocimiento de sus leyes<sup>13</sup>. Basten dos ejemplos tomados de la botánica y de la química o física. Una clasificación de las plantas lo más completa posible puede servir a la agricultura y a la medicina<sup>14</sup>. Los experimentos sobre la composición y transformación de los metales favorecen la industria<sup>15</sup>.

Además el aumento de la gloria de Dios y la promoción de la felicidad humana, dos efectos que se siguen del valor teórico y práctico de la ciencia, mientras no la absoluticemos, constituyen otras dos razones para valorarla. Por el saber teórico conocemos el orden y la belleza de la naturaleza, reconociendo la obra de Dios, y favorecemos el perfeccionamiento del hombre y su felicidad. Las derivaciones prácticas de la ciencia contribuyen a nuestra felicidad al fomentar el recreo de nuestros sentidos, al aumentar las comodidades de la vida y al resta-

11 GP III 606. Cf. DM & 11, 17-18, 23; GP IV 435-436, 442-444, 448-449. NE IV 4; GP V 443-445.

12 Cf. *Praefatio clavis mathematicae arcanae*; GM VII 10-12. A Huygens (enero de 1668 y 11-21 de julio de 1690); GM II 40, 42-43. *Dissertatio exoterica de statu praesenti et incrementis novissimus deque usu geometriae* (1675); GM VII 316-317. A Varignon (1711); GM IV 168-169, 174-175. A Des Bosses (5 de febrero de 1712); GP II 437. A Juan Bernoulli (16 de julio de 1695; 6 de mayo de 1712 y 7 de junio de 1716); GM III 206, 884, 885, 964.

13 Cf. NE IV 3; GP V 370. A la Reina Sofía Carlota, GP VI 507.

14 A Juan Bernoulli (5 de marzo de 1708); GM III 822-823.

15 A Huygens (1-10 de diciembre de 1679); GM II 33.

blecer o conservar nuestra salud. Exclama Leibniz el año 1671: «Seríamos felices y quizás soberanos de nuestro cuerpo —*et forte corporis nostri domini*— si se hubiera realizado hace diez siglos lo que ahora penosamente se ha comenzado. Pero nunca lo útil se inicia tarde»<sup>16</sup>. Veintiséis años más tarde escribirá: «Toda la ciencia física, y la misma medicina, tiene por objetivo último la gloria de Dios y la felicidad suprema de los hombres»<sup>17</sup>. El saber científico y metacientífico, en cuanto camino de felicidad, obsesiona a Leibniz durante todas las etapas de su vida. Hemos de centrar nuestra atención en aquellas cuestiones teóricas de cuya solución se sigan consecuencias útiles para el hombre<sup>18</sup>. Manifiesta especial preocupación por el avance de la medicina<sup>19</sup>.

Gracias a Dios, nuestra razón nos capacita para edificar saberes útiles al hombre. Le traen sin cuidado los saberes por sí mismos. Sólo le interesan en cuanto aseguran su felicidad y la de todos los hombres<sup>20</sup>. Las investigaciones que no aprovechan directa o indirectamente a la felicidad humana son curiosidad inútil<sup>21</sup>.

Saber y felicidad van indisolublemente unidos. Todos los saberes se orientan a la felicidad temporal o eterna del hombre<sup>22</sup>. Una serie de escritos en latín, francés y alemán, sin fecha precisa, integran todos los saberes científicos y metacientíficos en la sabiduría —saber de la felicidad—<sup>23</sup>. La sabiduría, así concebida, cristaliza en sus planes de Enciclopedia o presentación ordenada de todos los saberes que sirven para fomentar la felicidad humana<sup>24</sup>. Por lo que se comprende su opinión de que «nada es más verdadero que la felicidad, ni más feliz y más dulce que la verdad»<sup>25</sup>.

Las ciencias naturales, por tanto, contribuirán a la auténtica felicidad humana si acertamos a integrarlas adecuadamente en la Sabiduría o Enciclopedia<sup>26</sup>.

16 *Hypothesis Physica nova* (1675); GP IV 224.

17 A Bouvet (1697); Dutens II, 263.

18 Cf. a Varignon (1710), GM IV 169. A Zentrini (1715); GM IV 235, 244.

19 Cf. *Nouvelles ouvertures*; C 228. A Juan Bernoulli (29 de julio de 1696, 2 de mayo y 6 de junio de 1704); GM III 206, 747, 752. A Zentrini (15 de marzo de 1716); GM IV 251. A Bouvet (1697); Dutens II, 262-263.

20 La concepción que tiene Leibniz de la ética es eudemonista, pero no individualista. Sus planes de academias o sociedades científicas van siempre orientados al bien del género humano. Hay un pequeño escrito que resume perfectamente esta orientación fundamental de la ética leibniziana: «Discours sur la Générosité», en *Lettres et opuscules inédits de Leibniz précédés d'une introduction*, par A. Foucher de Careil, Librairie Philosophique de Ladrange, Paris, 1854, pp. 166-172.

21 GP VII 160.

22 *De fine Scientiarum* (en torno a 1693); Grua 240.

23 GP VII 160.

24 *Consilium de Encyclopaedia nova* (1679); C 30-31. GP VII 203. C 516.

25 *De rerum originatione radicali* (1697); GP VII 308.

26 GP VII 43, 323-325. GM VII 9-10.

Leibniz les niega un talón en blanco. Dos palabras describen su actitud ante las nuevas vías de investigación sobre la naturaleza: entusiasmo y recelo<sup>27</sup>. El progreso científico-técnico, fomentando los bienes temporales, puede obstaculizar el principio básico de la verdadera felicidad: el amor a Dios sobre todas las cosas. Podríamos perder la conciencia de nuestro ser y de nuestro destino. Lamenta que no se ponga en el saber sobre Dios y sobre nuestro espíritu el mismo interés que en las investigaciones sobre los fenómenos de la naturaleza<sup>28</sup>.

Sin embargo, su actitud ante la ciencia no es pesimista, tal como ya ha podido quedar claro por lo expuesto anteriormente. Un correcto empleo de la razón en la ciencia y más allá de la ciencia nos enseña lo que debemos hacer u omitir para ser verdaderamente felices<sup>29</sup>. Ajeno al fatalismo de Espinosa, Leibniz destaca el protagonismo del hombre en el logro de su felicidad<sup>30</sup>. Con su esfuerzo puede ganarla, conservarla y aumentarla. La ciencia, integrada en la sabiduría o Enciclopedia, sirve a tal objetivo.

Pero Leibniz, con los estoicos, reconoce que los hombres no controlan totalmente su historia. Por tanto, los científicos no han de realizar sus investigaciones con un espíritu prometeico, seguros de que de ellos solos depende la felicidad humana, sino con la modestia de quienes saben que su felicidad y el éxito mismo de su ciencia radican en la sabiduría y en el poder de Dios.

Seguros, por supuesto, de que Dios no les fallará, pues el principio de perfección exige que Dios proporcione al reino de los espíritus finitos, la parte más noble del mundo, a la que pertenece el hombre, la máxima felicidad posible<sup>31</sup>. Felicidad que no es fácil de alcanzar. Narra con gran dramatismo la triste suerte de muchos hombres. Por perseguir las luces fugaces de los honores, de las riquezas y de los placeres, no atienden a los rayos de la razón o buen sentido, iluminados por los cuales podrían descubrir la armonía y el bien en el aparente desorden de nuestro mundo, y elegir el verdadero camino de salvación<sup>32</sup>. Su visión optimista del mundo y del hombre no nace de cerrar los ojos ante el mal, sino de un intento consciente de desvelar racionalmente la universal armonía en que se integra el mismo mal como precio del mayor bien posible.

27 A Juan Bernoulli (30 de diciembre de 1714); GM III 933.

28 (1690); GP VII 323-324.

29 Cf. *De la Sagesse*; GP VII 81.

30 GP VII 47, 334. DM & 4; GP IV 424-430. SN; GP IV 479. A Burnet (1-11 de febrero de 1697); GP III 191. NE IV 3; GP V 370. PN & 14; GP VI 604-605. M & 83; GP VI 621. ET 120, 147; GP VI 172-173, 197-198.

31 DM & 36; GP IV 462.

32 *Die Leibniz-Handschriften der Königlichen öffentlichen Bibliothek zu Hannover*, obra elaborada por Eduard Bodemann en que se publican algunos escritos inéditos, Hannover/Leipzig, 1895, pp. 108-111.

Las ciencias naturales, sin embargo, por valiosas que sean, no nos permiten conocer y dominar más que el mundo de los cuerpos. Y no sólo de pan vive el hombre. Somos cuerpo y espíritu<sup>33</sup>. Dependemos del mundo y de Dios<sup>34</sup>. Una correcta comprensión de la felicidad humana debe tenerlo en cuenta<sup>35</sup>. El mero placer temporal o el logro de bienes temporales dista bastante de la auténtica felicidad humana<sup>36</sup>. Hay que asegurar la felicidad temporal y eterna.

### 3. CONTROL ÉTICO DE LAS CIENCIAS NATURALES

Acabo de insinuar que la valoración leibniziana de las ciencias naturales implica que estos saberes no pueden indicarnos lo que debemos hacer para perfeccionarnos humanamente, para ser verdaderamente felices, para dar gloria a Dios, pues desconocen el ser más profundo del hombre y no saben nada sobre Dios. De lo cual nace una peligrosa disyuntiva. Pueden provocar el obscurecimiento o la eliminación del saber tradicional sobre Dios y sobre el hombre, hacer brotar un mundo en que la vida y el espíritu pierdan su sitio<sup>37</sup>, o pueden favorecer la felicidad humana. Una verdadera metafísica y una buena ética permitirían orientarse hacia el polo positivo de la disyuntiva.

Una cultura dominada por las ciencias naturales nos encerraría en la cárcel inhumana de lo superficial, de lo parcial y de lo abstracto. Se ignoraría que la realidad del hombre en su razón y libertad, en su mismo cuerpo<sup>38</sup>, está más allá de lo investigable por las ciencias naturales, de lo tecnificable. Previendo de algún modo el peligro de un mal empleo de las ciencias y de las fuerzas que podrían desencadenar, Leibniz juzgó imprescindible su control ético o integración en la Sabiduría. Nos recuerda en carta a Bouvet que «toda ciencia física, incluso la medicina, tiene por objetivo último la gloria de Dios y la felicidad suprema de los hombres»<sup>39</sup>. Pone los valores temporales al servicio de los valores eternos. Pero les da importancia.

33 DM & 12, 34; GP IV 436, 459-460. A Des Bosses (16 de octubre de 1706); GP II 325. PN & 4; GP VI 599-600. A R. C. Wagner (1710); GP VII 529-532.

34 SN; GP IV 479-480. ET & 90-91, 112, 118, 397; GP VI 164-165, 168-169, 152-153, 352. NE & II 27; GP v 217-218. A Jaquelot (1704); GP VI 570.

35 GP VII 43, 46-47, 74-77, 86-104, 111-117, 124. C 332, 516-517, 527. SN; GP IV 479-480.

36 GP VII 46-47. C 332.

37 NE IV 16; GP V 443-445.

38 GP VII 119-121.

39 Dutens II 263.

¿Qué normas han de regir la conducta del científico, para que actúe bien éticamente? Primeramente los científicos han de respetar en su actividad la escala o jerarquía de valores teóricos y prácticos. Si lo hacen, entonces pueden estar seguros de que orientan la ciencia y la técnica a la verdadera perfección del hombre, a su felicidad y a la gloria de Dios, tres objetivos cuya realidad coincide en el fondo<sup>40</sup>. Alcanzaremos tanta mayor felicidad cuanto más aumentemos nuestra perfección. Por otra parte no olvidemos que en la perfección autoconsciente del hombre se realiza la gloria de Dios.

De este modo Leibniz pone el cultivo de las ciencias naturales en conexión con la norma ética suprema: el amor a Dios sobre todas las cosas. Norma que impulsa a los científicos a no regatear sus esfuerzos para la construcción de un futuro humano mejor<sup>41</sup>. La paciencia ante lo inevitable o la conformidad con lo que nos ha sucedido, en lo que se manifiesta la voluntad de Dios respecto al pasado, no nos dispensa de actuar según la voluntad presunta de Dios respecto al futuro, «tratando con todo nuestro poder de contribuir al bien general y especialmente al adorno y perfección de lo que nos toca y nos es próximo y, por así decir, al alcance de la mano». La conquista del reino de la Tierra no se opone en sí a la del reino de los Cielos. Le parece ridícula la actitud de los que esperan con los brazos cruzados a que Dios solucione sus problemas temporales.

Por consiguiente, una vez integradas las ciencias naturales en el saber de la felicidad, que comprende también otros saberes más básicos, por los que esas ciencias adquieren sentido, no sólo no se debilita sino que se fortalece el deber ético de promover las ciencias. Deshonran al género humano quienes se quedan con los brazos cruzados, pudiendo hacer progresar las ciencias<sup>42</sup>. Hasta la ley de la caridad debe impulsarnos a cultivarlas<sup>43</sup>. Merece condena la holzaneía pietista. Lo mismo que algunos varones piadosos cultivan la tierra, plantan árboles y domesticar animales, así conviene que haya quienes, según su ingenio, «adopten como preocupación propia el aumentar la perfección del mismo género humano y encender los ánimos en amor divino con la Sabiduría de Dios manifestada por todas partes»<sup>44</sup>.

Y, mientras los científicos respeten la jerarquía de valores, hay que apreciar la contribución de las ciencias naturales a la felicidad humana investigando los medios de conservar la salud del cuerpo y de darle las comodidades de la vida,

40 *Praecognita ad Encyclopaediam* (1680?); GP VII 48. *Dissertatio exoterica de statu praesenti et incrementis nouissimis deque usu geometriae* (1686); GM VII 323-326. GP VII 73. C 93-94, 336-337, 429-430. NE IV 12; GP V 436.

41 DM 7 4; GP IV 429-430. GP VII 119-121.

42 C 337.

43 *Dissertatio exoterica...*; GM VII 325.

44 *Praecognita ad Encyclopaediam*; GP VII 46.

evitando los impedimentos de la felicidad que proceden de nuestro cuerpo. Dentro de esos límites, el cultivo de las ciencias naturales se convierte en un deber ético: «Hay que examinar la naturaleza de los cuerpos del universo tanto para encontrar en ellos las maravillas de la sabiduría divina como para reconocer en qué pueden servir a nuestra conservación y a nuestra mayor perfección. Así el avance de la ciencia natural... es de grandísima importancia»<sup>45</sup>. Y ese cultivo no se justifica sólo cara a la posteridad, sino también por el beneficio de los propios protagonistas: «Confieso que debemos trabajar para la posteridad. Se construyen con frecuencia casas donde no se habitará. Se plantan árboles cuyos frutos no se comerán. Pero cuando uno mismo puede disfrutar de su esfuerzo, es una gran imprudencia descuidarlo»<sup>46</sup>.

Leibniz no es individualista en su concepción del progreso científico. Reconoce el mérito de los individuos, pero lo mejor es que colaboren muchas personas inteligentes, pues «nada es más vigoroso que la sociedad»<sup>47</sup>. Si hubiese buena comunicación entre los científicos, los avances serían mejores, más numerosos y más frecuentes<sup>48</sup>.

El hombre es, según Leibniz, un pequeño Dios. Como en Dios, su gobierno del mundo ha de ser *moral*: desde los espíritus y para los espíritus. La actividad investigadora en el campo de las ciencias naturales, en cuanto se orienta a la gloria de Dios y a la felicidad del hombre, se inscribe en ese gobierno moral del mundo.

#### 4. POSIBLE PROYECCIÓN ACTUAL DE LA REFLEXIÓN ÉTICA DE LEIBNIZ SOBRE LAS CIENCIAS NATURALES

Las ciencias parecen haberse convertido actualmente en el factor decisivo para la orientación y el desarrollo de la vida humana. La concepción científica del mundo determina en gran parte nuestra cultura. Me refiero al saber construido conforme al modelo de la física de Newton: a las ciencias positivas o empíricas. Es comprensible, por tanto, que hoy se planteen con urgencia apremiantes problemas éticos respecto a las ciencias naturales y a las ciencias humanas.

Pues saber significa poder, poder significa responsabilidad y responsabilidad, tal como insinúa lleno de acierto Carl Friedrich von Weizsäcker, «significa

45 «Mémoire pour les personnes éclairées et de bonne intention» (1692), en *Lettres et opuscules inédits de Leibniz*, introducción y edición de A. Foucher de Careil, Paris, 1854, pp. 280-281.

46 O. c., p. 292.

47 O. c., p. 276.

48 Cf. o. c., pp. 286-290.

que limitamos el uso de nuestro propio poder mediante nuestro conocimiento de las consecuencias del empleo de este poder». Donde los científicos no son conscientes de su responsabilidad respecto de las consecuencias fácticas de su conducta investigadora, la ciencia es sólo un juego de niños.

Pero en la segunda mitad del siglo xvii y primer tercio del siglo xviii, cuando Leibniz creó su obra, no se daba tal circunstancia. Los problemas suscitados por las nuevas ciencias naturales sólo afectaban a una exigua minoría de científicos o intelectuales. Por eso resulta más admirable la agudeza de este pensador al prevenir bienes y males que podrían sobrevenir a una cultura, una sociedad, regida por un saber reducido al de las ciencias naturales.

Hace más de tres siglos, supo someter el conocimiento científico de la naturaleza, recién inaugurado, a una aguda reflexión crítica, en la que no faltaron alusiones a los problemas éticos que ese conocimiento plantea. Y, dada la orientación teológica y eudemonista de su ética, llegó a la conclusión de que la actividad científica en el ámbito de las ciencias naturales sólo estará éticamente bien dirigida si contribuye a fomentar la gloria de Dios y la auténtica felicidad humana. La investigación de los problemas éticos que plantea la ciencia no es, por tanto, una novedad de nuestro siglo.

El biólogo contemporáneo Jacques Monod piensa que el mal del alma moderna brota en la *mentira radical* o intento de fundar el comportamiento humano en algo distinto de la ciencia<sup>49</sup>. Las sociedades modernas deberían su poderío material a la ciencia y su debilidad moral a los sistemas de valores arruinados por la ciencia, a los que pretenden todavía atenerse. Tan sólo una ética fundada en el principio de objetividad de la naturaleza, por el que se rechaza toda interpretación teleológica de los fenómenos naturales, sería compatible con la ciencia y capaz de guiar la evolución del mundo moderno, pues han quedado arruinadas todas las concepciones míticas o filosóficas sobre las que basa su ética la tradición animista, en la que se incluyen la tradición judeocristiana y el materialismo dialéctico.

Leibniz no concedería que los sistemas de valores fundamentados en una verdadera metafísica puedan ser arruinados por la ciencia rectamente entendida. ¿Cómo sabe el hombre que está solo en la inmensidad indiferente del Universo de donde ha emergido por azar? ¿Qué le asegura que nadie le ha trazado su destino y su deber? Las opciones no valen a la hora de hacer juicios de verdad o de valor. La realidad del mundo no depende del arbitrio humano. El hom-

49 Cf. *El azar y la necesidad*, Barral Editores, Barcelona, 1972, pp. 31, 185, 186, 190 y 193. Jesús Mosterín, en su obra *Racionalidad y acción humana* (cf. 65-71), ofrece un diagnóstico y un tratamiento semejantes de la situación de crisis de nuestra cultura. Parecida actitud se nota en el libro de Mario Bunge *Ética y ciencia*.

bre, imagen de Dios, puede planificar técnicamente y de otros modos el futuro, puede transformar el mundo<sup>50</sup>. Pero, más allá de los proyectos humanos, está el plan divino que todo lo absorbe dentro de sí, aun los planes humanos libremente decididos. Por la ciencia no podemos negar esto. Si reconocemos con realismo lo que la ciencia puede ofrecer, evitaremos el desencanto ante sus resultados y algo más importante: todo cientismo.

Contra las acusaciones hechas a la ciencia de que vacía de sentido la existencia humana, de que la destruye, no basta afirmar que la ciencia misma es su propio objetivo<sup>51</sup>. ¿No será posible evitar que nuestro mundo avance hacia una barbarie matemática que, a fuerza de medir todo, pierda el sentido de la medida?<sup>52</sup> Si se admite, a ejemplo de Leibniz, un control ético del actuar humano científico desde una ética fundada en la verdadera metafísica, fundamentación que evita que su orientación eudemonista degenera en puro hedonismo, estas posibles consecuencias desaparecen. La física moderna y los saberes metodológicamente inspirados en ella no bastan para construir un futuro humano mejor. Las preguntas más importantes quedan sin respuesta. Una cultura defensora de la libertad y dignidad humana, como pretenderá serlo la del siglo xx, según algunas de sus declaraciones<sup>53</sup>, carecería de justificación. Incapaces de salvar al hombre, lo someterían a un permanente suplicio de Tántalo: a una sed inextinguible de felicidad. No aseguran una utilización de sus adelantos en beneficio del hombre.

ILDEFONSO MURILLO

50 Cf. a la Reina Sofía Carlota; GP IV 507.

51 Cf. Karl Jaspers, *Der philosophische Glaube angesichts der Offenbarung*, Piper, Munich, 1963, p. 98.

52 Cf. Georges Gusdorf, *Introduction aux sciences humaines*, Les Belles Lettres, París, 1960, p. 510.

53 Cf. «Los derechos humanos», en *Declaraciones y convenios internacionales*, Tecnos, Madrid, 1974, pp. 63-64, 69, 81, 109, 111.